

do delirios de grandeza con el humilde manto del apóstol. . . .

Su sangrienta caída en el arroyo, no repara los daños causados a la Patria; pero merece compasión y olvido.

VII

LA RELIGION DE LA MISERIA.

VII

LA RELIGION DE LA MISERIA.

El socialismo, ese disparatado cúmulo de absurdas concepciones y grandiosos delirios doctrinales, encierra, en lo más hondo de su fecundo germen, tal virtud de igualdad y de justicia...entrañan sus principios y sus dogmas tanto consuelo y tantas esperanzas, que ha llegado a crear en las conciencias un nuevo fanatismo religioso.

Desde las incomprensibles antinomias de Platón el Divino, las confusas utopías de Morus y las fantásticas lucubraciones de Proudhon, Considerant, Cabet, Rousseau, Pierre Leroux, Louis Leblanc, San Simón y Robert Owen, hasta los credos libertarios del evangelio de piedad y ensueño del altruista Fourier y sus discípulos fansterianos; todo ha cabido en esa vasta teoría del socialismo, que á través de los siglos viene conquistando las irredimibles multitudes con el poder fascinador incontrastable que ejerce sobre el crédulo género humano la insensata persecución de una quimera.

Ya Platón, exigiendo la inmólación de la sagrada personalidad humana sobre el altar de la sociedad, en holocausto al poder soberano del Estado, iniciaba esa serie de funestos errores que habrían de terminar con la blasfemia proclamada por Owen: *irresponsabilidad personal*, completa y absoluta, fundada en la creencia de que la sociedad actual ha sido construida sobre una falsa base: la ficción de la libertad y de la responsabilidad del sér humano.

Esta doctrina, que oponiendo al inconmovible principio de propiedad el exagerado principio de asociación, y pretendiendo sacrificarlo *todo* a la igualdad, nació y creció ligada estrechamente al comunismo; hasta hoy ha planteado problemas insolubles y ha destruido muchos antiguos dogmas sociales, ya decrépitos, pero nada resuelve ni construye.

El socialismo, como su hermano el primitivo comunismo teocrático, nació en los monasterios del Oriente, llegó a Grecia y cundió por el mundo seduciendo a Licurgo que lo impuso en Esparta.

Desde entonces ambas doctrinas marchan por el orbe persiguiendo una sombra: la felicidad humana, y pretenden hallarla en la repartición igualitaria de los bienes y los males, entre todos los hombres.

En verdad, esa trama de concepciones ilusorias forjadas por cerebros confusos e incomple-

tos, no puede ser la base de un sistema de economía política, ni de una religión, ni de un gobierno, desde el momento en que sabemos que la realización de sus ideales, el *comunismo absoluto*, nos llevaría, en forzoso retroceso, al salvajismo de las edades primitivas.

M. Bernard, tratando de clasificar las numerosas sectas y doctrinas comunistas, admite cuatro géneros:

1. El comunismo puro, pidiendo abiertamente la supresión del capital y la confiscación de la propiedad particular en provecho del Estado;
2. El comunismo autoritario, género jesuita, en cuya forma el Estado no adquiere ni confisca, y solamente administra el capital de todos;
3. El comunismo autoritario, género ruso árabe, dividiendo la tierra en parcelas comunales; y
4. El comunismo individual, que exige la repartición de los bienes por partes iguales, entre todos los hombres, dejando el resultado final a merced de la casualidad o del destino.

Fué la tercera forma de la clasificación Bernard, la escogida por Madero para predicar entre nuestros campesinos el comunismo árabe ruso, disimulando astutamente su ambición personal y aprovechando como todos los agitadores de plebes ese poder inmenso de fascinación y de contagio, de todas las doctrinas y de todos los

credos promisorios de la soñada emancipación social de las infortunadas clases proletarias, creadoras de riqueza, que laborando el suelo, en beneficio ajeno, viven edificando templos y palacios, o arrancando tesoros a las entrañas de la tierra, y mueren de cansancio y de tristeza en la negra miseria.

Y si Madero consiguió alucinar y seducir las multitudes, fué porque vino predicando, a la vez que el comunismo, el anhelado advenimiento de las clases populares a la vida política y su transformación en clases directoras.

Esto no puede ser: para llegar a esa transmutación evolutiva, habría que transformar las clases proletarias en clases superiores, por medio del cultivo, la selección y la enseñanza, lo que requiere siglos de trabajo.

Pero el daño estaba hecho.

El socialismo germina ya, con el vigor latente de la mala semilla, en el espíritu confuso de las exasperadas clases proletarias, impelidas por todos los anhelos y todas las exaltaciones comunistas.

Nuestras clases obreras despiertan del profundo letargo del cansancio y surgen a la vida de las luchas sociales, impulsadas en trágico momento inoportuno, por la vehemencia de su instinto y el contagio de la locura socialista, en su más negra forma: en la de afán de reivindicaciones.

El peligro social es inmenso, y reclama el concurso abnegado y decidido de las clases instruidas.

*
* *

Si los capitalistas, los grandes industriales, fuesen bastante cultos, bastante inteligentes para apreciar, en lo que vale, el trabajo del obrero; si educados en los sanos principios del altruismo y animados por ideas redentoras, sacrificaran su egoísmo y su avaricia y se ocuparan en mejorar la suerte de las clases obreras y educarlas, verían recompensados sus esfuerzos con la abundancia y perfección de los productos, y se convencerían de que es mil veces preferible tener a su servicio socios inteligentes que les ayuden, respeten y estimen, a tener por esclavos, enemigos ineptos que les odien.

Hasta hoy, el capital ha conseguido, en México, sobreponerse a todos los esfuerzos de las clases obreras, e imponer a su antojo las horas de trabajo y el valor del salario; pero a medida que el obrero se ilustra y va adquiriendo la completa noción de su valer y sus derechos, la fuerza del capital se va debilitando, y en día no muy lejano surgirá el esperado, el supremo conflicto, en que forzosamente sucumbirán los capitalistas aplastados por el poder del número, a pesar de su orgullo y su riqueza.

Creemos que el hombre tiene el derecho in-

discutible de poseer lo que con su trabajo ha ganado honradamente, y creemos que el rico tiene el derecho de poseer y disfrutar lo que ha heredado de sus ascendientes.

Pero lo que no creemos ni admitimos es que los que, de uno u otro modo, han acumulado un capital considerable, tengan derecho a emplearlo como medio para oprimir a los menesterosos y obligarlos a trabajar en beneficio ajeno, sin recibir la justa retribución de su trabajo.

Los derechos del rico terminan donde empieza el derecho del pobre.

Sea cual fuere el origen del capital acumulado, no debe emplearse como fuerza opresora de las clases desvalidas.

El fin supremo de las humanas sociedades, es la felicidad del hombre.

—Yo puedo, dirá el rico, dar al pobre el salario que me plazca, y él está en libertad para rehusarlo o aceptarlo.

—No es cierto, dirá el pobre, porque si no lo acepto muero de hambre, y antes que tu derecho a enriquecerte, está mi indiscutible derecho de vivir y de nutrirme.

Tú tienes el deber de contribuir con tus esfuerzos al adelanto y bienestar de la comunidad a que perteneces, y a cuya solidaridad le debes cuanto tienes y la tranquilidad de que disfrutas; pero si aprovechando la poderosa fuerza que representa el capital acumulado, abusas de

mi falta de recursos para obligarme a trabajar como un esclavo y convertirme en tu bestia de carga; si obcecado por tu arrogancia y tu fortuna, me aplastas con tu pie de poderoso, porque me juzgas débil, yo también, a mi vez, aprovechando la irresistible fuerza que da el número, romperé ese equilibrio social al que debes el puesto que ocupas, y te demostraré con actos, que sobre tu arrogancia y tu egoísmo están mi libertad y mis derechos.

No exijo, no te pido repartir lo que tienes, entre los holgazanes de la clase obrera; lo que reciba de tu mano he de haberlo ganado honradamente, trabajando por ti y en tu provecho: no es limosna forzosa lo que quiero, es salario; pero salario justo, equitativo, capaz de compensar los sacrificios que hago por servirte, y suficiente a reparar las fuerzas que gasto en tus empresas.

No pretendo un salario exorbitante que me ponga al nivel de tu lujo y tu grandeza permitiéndome usar soberbios trenes, palacios y lacayos; me conformo con que me pagues lo bastante para un hogar humilde, para una blusa limpia, carne y pan para dar de comer a mis hijos, y zapatos, para no verles ir descalzos a la escuela.

Quiero que no me obligues a trajar más horas de las que me permite mi resistencia a la fatiga; que no agotes mis fuerzas, mi juventud, mi

vida entera, en tu servicio, y me lances después a la miseria, como a un caballo viejo, como a una bestia inútil y gastada, para que muera de hambre en el arroyo.

Estoy cansado de sufrir ese yugo ignominioso a que me tienes sometido. Sé que solo y aislado soy muy débil para luchar contigo, que frente a mí resultas un coloso; pero hace ya algún tiempo, empiezo a comprender lo que valdría mi clase estando unida, y vengo preparándome al combate.

Al peso de tu oro que me aplasta, sabré oponer la inercia de la masa que resiste, y al capital que oprime, la desesperación que estalla.

A la altura en que vives, olvidas que los hombres nos hemos asociado para partir el pan del mundo como hermanos; me cercenas mi parte.... me obligas por el hambre.... me tratas como a bestia.... pues.... ¡como bestias, lucharemos sin tregua por la vida!

Nada podría objetar el rico al escuchar tan justas quejas. Pero, a su vez, la clase obrera debe dignificarse cumpliendo honradamente sus deberes sin recurrir a la violencia, ni al asesinato, ni al incendio, para lograr aumento de salario.

Huir de las tabernas, concurrir a la escuela nocturna y a las bibliotecas públicas, educar a sus hijos dándoles buen ejemplo; amar y respetar a sus esposas y sostener muy altas la digni-

dad y el nombre de su clase; ahorrar aunque sea a costa de grandes sacrificios, ayudarse los unos a los otros, desempeñar concienzudamente sus labores a fin de conseguir el alza de jornales: hé allí el medio legítimo y honrado de obligar al capital a repartirse en forma de salario equitativo entre las clases que trabajan. Si los obreros, todos, se unieran, se ayudaran, se ilustraran fundando sociedades mutualistas sin tendencias políticas, como la mayor parte de las que ahora se fundan; si organizaran grupos verdaderamente respetables, llegarían a imponerse al capital, que no podría marchar ni progresar sin ellos.

La salvación de la gran clase obrera no está en el socialismo, ni en el comunismo, ni mucho menos en el terror del anarquismo: está en la ilustración, en el trabajo, en el ahorro, en la sociedad cooperativa, en la unión fraternal.... hasta en la misma huelga; pero huelga pacífica, bien organizada y enérgica y debidamente sostenida.

La huelga es algo justo, es el ejercicio de un legítimo derecho, el de obtener la equitativa retribución del trabajo.

Y si la turbulenta huelga de un grupo de alborotadores nada vale ante el capricho de un capitalista, en cambio, ante la huelga pacífica y bien organizada de todo un gremio de operarios; ante el conmovedor e imponente espectácu-

lo de una manifestación representada por cien mil hombres unidos y resueltos, no al ataque brutal, sino tan sólo a la defensa de su clase y sus fueros, los grandes industriales tendrían forzosamente que ceder o estrellarse.

Pero jamás las abnegadas clases trabajadoras deberán abrazar una causa destructora.

Lanzarse a la violenta huelga terrorista para volar con dinamita el hogar de un millonario y sepultar entre las ruinas a seres inocentes... incendiar y destruir injusta, ciegamente, y hacer el mayor daño, sin la esperanza de obtener el beneficio más pequeño; esto es ir al presidio... esto es subir las gradas del cadalso, dejando en pos de sí, a más de la miseria, la infamia y la deshonor a sus familias, el odio hacia su causa y el oprobio a su nombre y su memoria.

Jamás el crimen llegará a reformar las sociedades ni a mejorar la suerte del obrero.

Jamás el hombre llegará a ser feliz si no es honrado: la dicha, el bienestar y el porvenir de la familia, están en la virtud, en el saber, en el trabajo y el ahorro....

Clases trabajadoras, obreros mexicanos, honrados labradores que dejáis el arado, seducidos por falaces promesas de mentidos profetas:

Sabed que el comunismo predicado por Madero y sus secuaces, es la doctrina destructora que ya el mismo Proudhon ha designado con el nombre humillante de RELIGIÓN DE LA MISERIA....

Y vosotros no sois miserables, sois dignos ciudadanos valientes y patriotas.

Creer en Dios, amar a vuestra patria, respetar el ajeno derecho, y trabajar honradamente para ganar el pan de vuestros hijos....

¡Hé ahí vuestro evangelio!

Esa es la buena religión, la vuestra, la del honor, el patriotismo y el trabajo.